

*ala delta*

Ramón GARCÍA  
DOMÍNGUEZ

**PERDER PARA GANAR**



¿Quién ha dicho que la historia no se repite? ¿Quién ha dicho que la hazaña de los Comuneros de Castilla ocurrió hace siglos? Tres chicos se disfrazan un buen día de capitanes Padilla, Bravo y Maldonado, y alzan sus espadas contra el «tirano». Pueden rodar cabezas, como en los gloriosos tiempos. Pero... una sola, no tres...

Ramón García Domínguez ha dirigido suplementos infantiles en prensa, ha creado programas radiofónicos para chicos, y tiene publicados varios libros de narrativa y teatro juvenil.

# Perder para ganar

*Para Upe, mi monitora y maestra preferida.*

## Índice de contenido

Cubierta

Perder para ganar

Capítulo I. En el que los protagonistas se llaman como se llaman, pero se llaman también de otra manera, por lo que puede uno armarse un cierto lío.

Capítulo II. En el que se cuenta cómo los alumnos del taller de teatro formaron «comunidad» y repartieron democráticamente los papeles (menos tres).

Capítulo III. ¡El que llegue primero, / capitán comunero! (Aunque hacer de Padilla / no es cosa tan sencilla).

Capítulo IV. Que empieza con mucha risa y acaba casi, casi llorando.

Capítulo V. En el que todo son pegas y más pegas, que acaban enfadando a Sonia Machón (María Pacheco) y a todos sus amigos comuneros.

Capítulo VI. En el que «Be-bé» convence a su abuela, el «Recapi» vence a los recaudadores de impuestos, y entre todos maquinan algo, pero que muy muy muy...

Capítulo VII. Y llegó el día del estreno...

Notas



¡¡R IIIAAS!!, suena el tajo del hacha, y rueda la cabeza  
por el suelo: clonc, clonc, clonc, clonc...  
La primera cabeza.  
¡¡Riiiaas!! Clonc, clonc, clonc, clonc...  
La segunda.

—¡Detengan la ejecución! —grita una voz airada—. Señor don Juan de Padilla, le tengo dicho y repetido que un cuerpo descabezado no estira las piernas: se desploma en la postura en que está. Si estás de rodillas al ser decapitado, ¡pues de rodillas te quedas, demonios! Basta que te dobles por la cintura para ocultar tu cabeza detrás del artificio del patíbulo.

—Es que Julia nos decía que era una postura más digna... —replica el comunero Juan de Padilla (Fonso Martín fuera del escenario); pero el monitor le ataja con voz aún más gritona:

—¡Ni postura digna ni gaitas, te quedas doblado y sanseacabó! Y ahora escuchadme todos y meteos bien esto en la mollera: el que dirige ahora soy yo, y se harán las cosas como yo diga, ¿entendido?... Basta por hoy. Pancho, recoge las tres cabezas de cartón y guárdalas en la cesta, que, a este paso, el día del estreno van a estar hechas unos zorros. Mañana el ensayo a las seis y media. ¡Y que no falten ni Juana la Loca ni el Flamenco!

—Toño, pero si acabamos la clase a las seis...

—Ya lo sé, ¿y qué? Yo no puedo venir hasta las seis y media, así que me esperáis jugando en el patio.

Nadie rechista. Ni mu. Los muchachos recogen sus trastos, bajan por la escalerilla lateral del escenario y recorren el pasillo central con la cabeza gacha. Al pasar junto a Toño —Antonio Ramírez, el monitor del taller de teatro del ciclo superior—, sentado en una butaca de las primeras filas, mascullan un «hasta mañana» que apenas se les oye.

Ya en la calle, se reúnen en corro.

—¡Esto no puede seguir así! —Sentencia enérgicamente Francisco Maldonado (en el teatro), Francisco —¡qué casualidad!— Gutiérrez Revilla (en la vida real)—. Desde que se marchó Juli esto va de mal en peor. ¡A este idiota de Toño no hay quien lo aguante! Bien está que ensayemos fuera de las horas de clase, porque el estreno está al caer, pero que respete nuestro horario, ¿no?

—¡Éste no respeta nada! —rezonga alguien.

—¿Pero se puede saber por qué se fue Juli? Porque yo aún no me he enterado —pregunta Sonia Machón, doña María Pacheco en el teatro.

—Pues porque los monitores dependen del Ayuntamiento, y el Ayuntamiento los trae y los lleva como marionetas: hoy aquí y mañana allá, hoy en este colegio y mañana en el otro.

El que ha respondido es Pancho Sancho (Francisco Sancho, naturalmente, ¡pero hay que ver cómo suena lo de Pancho Sancho!), el Verdugo cortacabezas en la obra teatral.

—¿Sabes lo que te digo, Pancho? —Lo increpa, con gesto requetemaligno, Francisco Gutiérrez Revilla *Maldonado*—. Que en el próximo ensayo deberías levantar el hacha y, ¡zas!, rebanarle la cabeza al Toño.

—¡Con lo bien que nos lo pasábamos con Juli! —se lamenta Sonia *María Machón Pacheco*—. No acabo de entender por qué, si empezó el curso con el taller de teatro de nuestro colegio, la tienen que cambiar a otro.

—Bien a disgusto que se fue —añade Luis Nieto, actor que encarna el personaje del capitán comunero Juan Bravo—. El otro día se encontró por la calle con mi hermana Pepa y le dijo que el taller que dirige ahora en no sé qué colegio (me parece que es uno del barrio La Ribera) no se puede ni comparar con el nuestro.

—Cuánto sentí yo no estar el último día, cuando Juli se despidió. Pero andaba con anginas... —vuelve a lamentarse Sonia *María*.

—Oye, tíos —interrumpe Francisco Gutiérrez Revilla *Maldonado*—, que digo que Toño tiene que salir por aquí y nos va a pillar conspirando. ¿Por qué no nos vamos al Coloco?

—De acuerdo —responde, con un brillo en los ojos, Pancho Sancho—. ¡Pero a seguir conspirando, como bien

acabas de decir! Porque esto es una conspiración. ¡Propongo que tramemos una conspiración contra el tirano Toño!

La panda dobla la esquina del colegio y entra en Cocoloco, un salón recreativo atiborrado de «máquinas de marcianos» y demás artilugios mecánicos.

Iván Castillejo —Pedro Lasso de la Vega en el teatro— se lanza como un loco a su máquina preferida, desentendiéndose del grupo.

—¡Ya está el flipao del «Maqui»! —Lo increpa Fonso Martín *Juan de Padilla*—. Hemos venido aquí para hablar, ¿no?

—¡Una partidita, sólo una partidita! —suplica el forofo, hincándose de rodillas y cruzando las manos.

Los demás lo dejan por imposible.

—Yo cada día voy con menos ganas al ensayo —se lamenta, volviendo al tema que preocupa a todos, Luis Nieto *Juan Bravo*, que cada vez que está preocupado o tiene que hablar en público se agarra el cogote con la mano derecha, girando el brazo por delante de la barbilla.

—Lo que a ti te pasa —lo chincha Sonia *María Machón Pacheco*— es que estás loquito por Juli, confiésalo.

Luis Nieto *Juan Bravo* le hace a la chica una mueca desdeñosa, pero se pone colorado como un semáforo.

Fonso Martín *Juan de Padilla* —alias «el Recapi»— vuelve a la carga:

—¡¿Pero no habéis visto lo de quedarnos encogidos cuando nos cortan la cabeza?! ¡Ésa es una postura innoble! ¡Será la más natural, vete tú a saber, pero es indigna de un capitán comunero que muere con honor! ¿Se creará este tontolaba que Juli no sabía dirigir? Y, sin embargo, ella aceptaba nuestras sugerencias. Le dijimos que nos parecía más... así... como más noble que el cuerpo quedase estirado cuando rodaba la cabeza de cartón; y ella que vale, que de acuerdo. Y con éste, ¿qué? Recapitulemos: desde que él nos dirige ¡todo son pegas y tiquismiquis, maldita sea! Además, ¿no somos nosotros los autores de la obra? ¡En-



tonces...! Tú sobre todo, «Ganso»; tú tenías que plantarte en redondo.

—Bueno —interviene Pancho Sancho—, al fin y al cabo no se ha metido con el texto.

—¿Que no?

Conmoción general. El que ha preguntado «¿que no?» ha sido Miguel Ruiz Velate, alias «el Ganso», autor de los parlamentos (así se dice en el teatro, ejem) de los personajes de la obra. Entre todos los alumnos del taller idearon la estructura: primer acto, segundo acto, tercer acto. Pero fue Miguel Ruiz Velate quien escribió los diálogos. Porque Miguel Ruiz Velate quiere ser escritor. Por eso le pusieron «Ganso» de mote: no porque sea un soso ni un sinsustancia, sino porque los escritores antiguos, Cervantes por ejemplo, escribían con pluma de ganso.

Y hablando de Cervantes...

—¿Qué quieres decir? —pregunta Fonso Martín *Juan de Padilla* (alias «el Recapi»), tras la duda que acaba de dejar en el aire Miguel Ruiz «el Ganso» *Carlos I de España y V de Alemania*.

—¡¡Un momento, un momento!!

Toda la panda vuelve ahora la cabeza hacia fuera del libro, exactamente hacia ti, lector. Porque has sido tú el que ha gritado, ¿no?

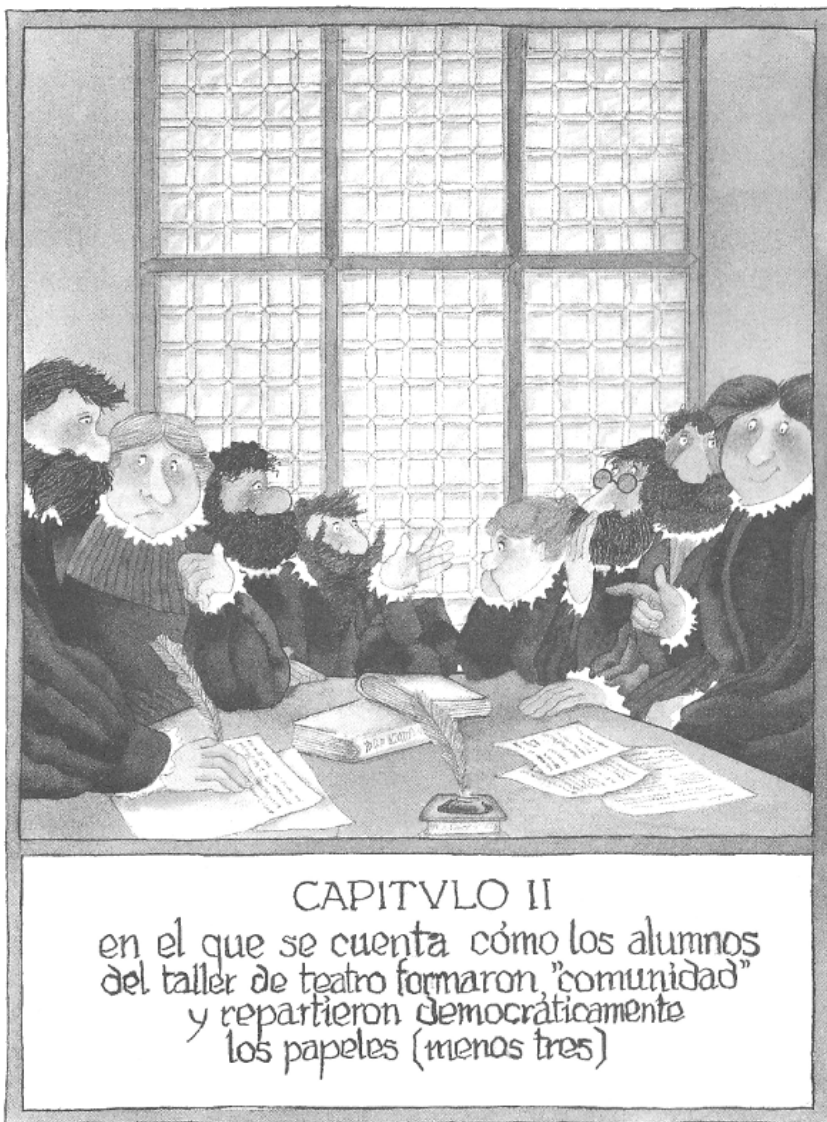
LECTOR (*Puedes decir lo que sigue a continuación o lo que se te ponga en las narices*). —¡Pues claro que he sido yo! ¡Es que me estoy armando un lío de aquí te espero con esto de los nombrecitos! ¿No se podría hacer la cosa menos enrevesada? Sugiero lo siguiente: poner los nombres de los chicos en una columna, y a la derecha, en otra columna, el papel que representa cada uno en la obra de teatro que están ensayando. Así sabremos los lectores quién es quién, y podremos consultar la lista cada vez que tengamos alguna duda.

—¡El reparto!

LECTOR —¿Cómo...?

—Que lo que pides es ni más ni menos que el reparto, lo que aparece siempre al comienzo de una obra teatral: los personajes en una columna y el nombre de los actores en otra. Sugerencia aceptada. Pasa, si te atreves, al capítulo siguiente y comprobarás que te hemos hecho caso.







ÉSTA fue la lista que los alumnos del taller de teatro del ciclo superior presentaron a la monitora Julia Mediavilla para escenificar la obra titulada... (bueno, todavía no tiene título).

—¿Y la edad de las chicas? —preguntó Juli al ver en blanco el dato de ambas actrices.

—Tanto Bea como yo opinamos que en un reparto no hay por qué poner los años —explicó Sonia Machón.

—Yo opino lo mismo —apoyó Juli, la monitora—. Y no porque yo también sea mujer, no vayáis a pensar, sino porque no es costumbre. Sería mejor quitar la edad.

Todos aceptaron la sugerencia. Juli no imponía nada, sólo sugería, pero solía dar en el clavo y el grupo le hacía caso.

Así había ocurrido desde que comenzaron a trabajar juntos. Al mes de iniciarse el curso, allá a mediados de octubre, Julia Mediavilla fue nombrada por el Ayuntamiento monitora del taller de teatro del ciclo superior (sexto, séptimo y octavo), y el primer día había dicho a los chicos:

—Os gusta el teatro, ¿verdad? A mí también. Muchísimo. Y no hay nada como ocuparse en algo que gusta. Así que nos lo vamos a pasar bomba. El teatro es juego y vamos a jugar todos, vosotros y yo, ¿de acuerdo? Y además de tú a tú, nada de yo dirijo y vosotros «amén Jesús»; no, eso no. Todos somos autores, actores y directores.

Aquellas palabras les sonaron a los chicos a música celestial. Sobre todo a Luis Nieto, que salió de la primera sesión del taller como embobado:

—¡Si todos los profesores fueran así...! —exclamó, agarrándose el cogote con la mano derecha, girando el brazo por delante de la barbilla.

—¿Así de... guapos, quieres decir? —preguntó con sorna Beatriz González. (Que, entre nosotros, anda un poquitín «colada» por Luis Nieto, y puede que sintiera celillos de la monitora. ¡Porque, además, el bueno de Luis no le hace maldito caso a Bea!).

En la segunda sesión del taller (había dos sesiones semanales: martes y viernes), Juli leyó a los chicos las bases de un certamen de teatro, convocado por el gobierno de la Comunidad, «para obras de creación propia, con un tema relacionado con la historia o las costumbres de la región».

—O sea que... —preguntó Zósimo Barquín, quitándose las gafas y chupando la patilla izquierda, gesto muy suyo cuando no entendía bien una cosa.

—Pues esto quiere decir —explicó la monitora— que os pensáis un tema que tenga que ver con nuestra historia, por ejemplo; le dais forma teatral, repartís los personajes, y a ensayar se ha dicho.

—¿Y cuánto tiempo tenemos para todo eso? —pregunta Iván Castillejo, «el Maqui».

—Hasta el mes de abril —responde la monitora, volviendo a leer el folleto de la convocatoria—. «Los colegios participantes representarán sus obras a partir del diez de abril, y hasta la fiesta de la Comunidad, según programa que se detallará de acuerdo con los grupos que concurren».

—¡Ya está! —exclama Bea—. ¡Podemos representar la historia de los comuneros!

Silencio expectante. Nadie dice ni que sí ni que no. Todos miran a Juli. La monitora se encoge de hombros y sonríe:

—Yo no digo nada...

—Pero... —susurra Luis Nieto, pidiendo con los ojos una opinión.

—Me parece bien —cede la monitora—; puede resultar interesante.

¡Aprobado por unanimidad! Harán una escenificación de la guerra de las Comunidades de Castilla.

—Bien —interviene Juli, apaciguando la euforia de los muchachos—. Si estáis todos de acuerdo, hay que ponerse a trabajar ya. Ante todo, tenéis que hacer un estudio concienzudo del tema; buscad la máxima documentación posible y empapaos de ella bien empapados. Y eso, todos. Para interpretar bien a un personaje histórico, no hay como conocerlo a fondo. A él y su época.

El taller de teatro en pleno puso manos a la obra. Todos se encargaron de buscar libros y documentación, y el

profe de Sociales, al que la idea le pareció fantástica, fue el más entusiasta colaborador.

Durante dos sesiones completas del taller, el grupo se dedicó a leer en voz alta cuanto habían podido encontrar.

Todos acabaron sabiéndose la historia de las Comunidades de Castilla con pelos y señales y de punta a cabo.

Y no sólo los hechos escuetos. Chicos hubo que aportaron sustanciosos resúmenes económicos y sociológicos de la época en cuestión, como fue el caso de Paco Gutiérrez, que había copiado a mano, de un libro de su abuelo, todo un estudio de las clases sociales, con las peculiaridades de la nobleza, la burguesía, el clero, los gremios, los «cristianos nuevos», etc., etc., etc.

—¿Y ahora qué? —preguntó Iván Castillejo, una vez que cada cual hubo soltado su «rollo».

—Pues ahora —replicó Juli— se trata de hacer con todo este «rollo» histórico-político-social una obra de teatro entretenida, que guste a quienes la vean. Vosotros veréis cómo.

Silencio desolador.

—¿Cómo que nosotros veremos cómo? —Se atreve a preguntar Sonia Machón.

—Eso: que vosotros veréis cómo hacéis de todo este tinglado de fechas, batallas, personajes y personajillos, una obra teatral.

—¡¡Pero...!!

No hubo «peros» que valiesen. Juli dijo que ella era una más y que trabajaría en lo que el grupo le asignase.

Y a la semana siguiente, el grupo en pleno se puso a planificar. Primero se determinó qué parte o partes de la historia de los comuneros se iban a llevar al escenario. Ésta sí, ésta no, ¿y por qué sí?, ¿y por qué no?, y digo yo que tal, y te contesto yo que cual...

Fonso Martín «el Recapi» iba tomando notas, y al final de la sesión de trabajo soltó su famoso «¡Recapitulemos!»